



Preparativos de la fiesta de Pascua: cocción de panes ácimos y hervido de utensilios.
Haggadah Hispano-Morisca. (Castilla. Siglo XI). (British Museum).



Escenas de la botica de un alfaquí judío.
Cantigas de Santa María. Biblioteca de El Escorial.

En el siglo X se conocía con el nombre de Granada un asentamiento urbano de pequeña importancia, ubicado en los cerros que encauzan el Darro y habitado fundamentalmente por judíos. Puede ser que se tratara de una ciudad de judíos, como conocemos el caso de Lucena. En los agitados comienzos del siglo XI, una dinastía bereber, la de los ziríes, establecerá en ella la capitalidad de su reino, trasladando allí a los habitantes de Elvira, la antigua capital de la cora. Es ése el momento fundacional de Granada: a partir de entonces la ciudad mantuvo un proceso constante de crecimiento y no hubo más sobresaltos. De ahí que muchos autores árabes hablen de Granada como una fundación reciente.

EN TÉRMINOS GENERALES, la desintegración del califato y la atomización política de al-Andalus en el siglo XI fue favorable a los judíos. Fue éste el siglo de los cortesanos judíos en las cortes de taifas y entre todas las comunidades judías, destaca la de Granada.

LA HISTORIA de ascenso y caída de los judíos de Granada es un buen ejemplo (“un ejemplo de libro”) de las características de la vida judía en la Diáspora: una minoría indefensa que se refugia en la protección de los poderosos y paga por ella, convirtiéndose en activos agentes del poder. Ese acercamiento al poder tiene, en un plazo más o menos largo, consecuencias

LA EDAD DE ORO DE LA GRANADA JUDÍA (SIGLO XI)

nefastas para la comunidad que ha osado salir de la situación de inferioridad que, de acuerdo con su estatuto de infieles, le está reservada.

JUNTO A LA UTILIDAD que para los ziríes tenía una población judía numerosa, en el desarrollo y florecimiento de la comunidad de Granada se une otro factor: la labor de una figura excepcional e irrepetible, la del judío **Samuel (Abu Ibrahim) ben Yosef ibn Nagrella ha-Naguid** (993-1055). Conocemos bastante bien su biografía. Nació en Córdoba, aunque su familia, de pretendido origen levítico, era originaria de Mérida. En Córdoba estudió con Rabí Hanok y alcanzó una muy completa formación en cultura hebrea y árabe. Debido a los disturbios de la época, abandonó Córdoba instalándose finalmente en Málaga, donde abrió una tienda y se dedicó al comercio de especias. Si hemos de creer la leyenda que nos relata Abraham Ibn Daud, fue en Málaga donde empezó a cambiar su suerte: allí destacó como calígrafo en árabe y llamó la atención de los servidores del visir de Habus, Abu-



I-Qasim ibn al-Arif. Éste se interesó por la persona que había escrito cartas tan admirables y, tras un viaje a sus posesiones en Málaga, se lo llevó a la corte como su secretario, dando comienzo así una carrera ascendente en tiempos de Habus (1025-1038) que culmina durante el reinado de su sucesor Badis (1038-1077). Muchos cortesanos judíos gozaron de la consideración de reyes musulmanes, pero ninguno como Samuel ibn Nagrella: como hombre de confianza alcanzó oficialmente el más alto cargo de la corte

(visir).

A DIFERENCIA de otros cortesanos judíos, sobre Semuel ibn Nagrella tenemos abundantes testimonios tanto de autores musulmanes como judíos y todos coinciden en destacar sus cualidades. Prueba de su carácter excepcional son testimonios como los del historiador Ibn Hayyán al Qurtubi (m. 1076), recogido en *al-Ihata* de Ibn al-Jatib: “*Este maldito judío era un hombre superior, aunque Dios no le informó sobre la verdadera religión*”. Poseía amplios conocimientos y toleraba la conducta insolente con paciencia. Combinaba un carácter sólido y sabio con un espíritu lúcido y un trato educado y amistoso. Dotado de una exquisita cortesía, era capaz de aprovechar cualquier circunstancia para halagar a sus enemigos y apaciguar su odio con una conducta afable. Era un hombre extraordinario. Escribía en ambas lenguas, árabe y hebreo. Conocía la literatura de los dos pueblos. Penetró profundamente en los principios de la lengua árabe y estaba familiarizado con las obras de los gramáticos más sutiles. Hablaba y escribía árabe clásico

con la mayor facilidad, empleando esta lengua en las cartas que redactaba en nombre de su rey. Utilizaba las fórmulas islámicas habituales, las eulogías de Dios y de Muhammad, nuestro Profeta, y recomendaba a los destinatarios de sus epístolas que vivieran de acuerdo con el Islam. En resumen, podría pensarse que sus cartas estaban escritas por un musulmán piadoso. Descolló en las ciencias de los antiguos, en matemáticas y astronomía, y también en el terreno de la lógica poseía amplios conocimientos. En dialéctica superaba a sus adversarios. A pesar de la vitalidad de su espíritu, hablaba poco y reflexionaba mucho. Reunió una hermosa biblioteca”.

ASÍ PUES, como visitar al servicio del rey zirí, los musulmanes de Granada no podían tener queja del judío Semuel. Aunque en su juventud había tenido una disputa teológica con Ibn Hazm, ahora en su madurez distinguía perfectamente el ámbito privado de su judaísmo y su puesto oficial como visitar de un reino musulmán.

POR OTRA PARTE, aunque es posible que los viejos linajes judíos granadinos vieran con cierto recelo el ascenso de un avvenedizo como ibn Nagrella, éste no dio motivos de queja y todos los autores judíos, tanto contemporáneos como posteriores, lo retratan de manera muy positiva. No sucedió con él lo que suele ser motivo de queja

LA BUENA VIDA SEGÚN IBN NAGRELLA

«Nada hay mejor que la fama, el buen vino, un cantor / melodiioso y un buen amigo con el que apurar las copas, / que se arrodille ante Dios de día, y se poste ante el vaso / de noche, que lo beba y olvide su aflicción».

SEMUEL HA-NAGID,
Poemas, II, nº 147

«Cinco cosas colman los corazones / de contento, alejan mis pesares: / una graciosa cerva, un jardín, el vino, el murmullo del agua de la acequia y un cantor que me deleite».

Poemas, II, nº 148



AL SERVICIO DEL REY BADIS

“Tenía este judío una inteligencia y una ductilidad en el trato que casaban a maravilla con la época en que ambos vivían y con las gentes con quienes tenían que habérselas. Badis se servía de él, desconfiando de todos los demás, porque sabía el odio que le profesaban sus contribuyentes. Por otra parte, el tal judío era un tributario, que no podía aspirar a ningún puesto de gobierno, y al mismo tiempo no era un andaluz de quien fuese de temer que tramase intrigas con los demás sultanes que no eran de la casa de su soberano. Por último, Badis necesitaba dinero con el que amansara a sus contribuyentes y arreglar

los negocios del reino. Tenía, pues, absoluta necesidad de un hombre como éste, capaz de reunir todo el dinero preciso para realizar sus proyectos, sin molestar para ello, con derecho o sin él, a ningún musulmán; tanto más cuanto que la mayoría de los habitantes de Granada y los agentes fiscales eran judíos y este individuo podía sacarles el dinero y dárselo a él. Así encontró una persona que expoliase a los explotadores, y que fuese más capaz que ellos para llenar el tesoro y hacer frente a las necesidades del Estado”.

LÉVI-PROVENÇAL Y GARCÍA GÓMEZ, ‘El siglo XI en 1ª persona. Las “Memorias” de Abd Allah’ (Madrid, 1993)